

Mannheim no piensa así, y considera que la utopía está destinada a realizarse, y que la utopía —en oposición a la ideología—, está en la base de toda renovación social. Mannheim ha escrito un libro clave para analizar la utopía y la ideología. Apareció su traducción en Ciudad México en 1941: *Ideología y utopía*.

Nicola Abbagnano, en su *Diccionario de Filosofía*¹³, es muy preciso a la hora de las definiciones y coloca el problema en lo que nos parece su justa medida y corresponde al sentido, al concepto que Pedro Henríquez Ureña ha dado a la Utopía de América. Dice Abbagnano:

«En general se puede decir que la utopía representa una corrección o una integración ideal de una situación política, social o religiosa existente. Esta corrección puede permanecer, como ha ocurrido y ocurre a menudo, en el estado de simple aspiración o sueño genérico disolviéndose en una especie de evasión de la realidad vivida. Pero puede también suceder que la utopía resulte una fuerza de transformación de la realidad en acto y adquiere bastante cuerpo y consistencia para transformarse en auténtica voluntad innovadora y encontrar los medios de la innovación. Por lo común, la palabra se entiende más con referencia a la primera posibilidad que a la segunda. A pesar de todo, la segunda tampoco se puede excluir, por más que cuando se verifica, la utopía debe reivindicar para sí el nombre de ideología o de idea.»

Me parece que la utopía americana tiene un largo caminar de siglos e irá siempre más allá, pues el tercer milenio puede ser un escenario para su crecimiento, desarrollo y conquistas reales.

En la tradición oral de nuestro continente de las culturas prehistóricas —tanto en el sur como en el centro y aun en el norte—, se mantenía la imagen de esos extraños dioses blancos de la primera tierra más allá del océano. En el *Popul Vuh*, en los grabados olmecas y toltecas, entre los incas —como lo ha recordado Mario Contreras Vega, el poeta chileno de Coyhaique en su poema «Llegará el tiempo de dar cuentas»—, está la profecía de la llegada de esos extraños dioses blancos. En los relatos de Hernán Cortés y en algunas páginas de los cronistas de Indias, podemos rastrear estos símbolos y estos mitos que flotan, y que facilitarán la conquista de Cortés de lo que será llamada la Nueva España y permitirán, también, las acciones de Francisco Pizarro, en el sur, y la caída del imperio Inca.

Colón también es recibido como «un enviado» superior. El almirante de Indias se deja, a su vez, ganar por el hechizo y ve árboles que se vuelven negros a causa de tanto verdor. A los Reyes Católicos escribe: «Certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen un habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa».

Debajo o por encima de las impresiones de este navegante con alma de poeta, estuvo el choque de dos culturas distintas, de dos tecnologías diferentes, con todo lo que este hecho significa.

Si el Gran Almirante y sus compañeros obsequiaron a los nativos con cuentas de vidrio y espejillos, para ganarse la confianza y admiración de los pobladores indígenas,

¹³ *Diccionario de Filosofía*, por NICOLA ABBAGNANO, México, 1963, Fondo de Cultura Económica, pág. 1.171, col. 1 y 2. La primera edición en italiano es de 1961. La primera edición en español es ésta de 1963.

éstos, más adelante, agasajaron a los occidentales con oro y con mitos. *El Dorado*, la *Fuente de la Eterna Juventud*, son peldaños andinos en la gran utopía americana.

Anita Arroyo nos ha recordado una tesis de Américo Castro en el sentido que el padre Las Casas sería el antecesor del movimiento de liberación política y cultural americano. Tanto las *Cartas de Relación* de Cortés, como la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, contienen valoraciones del espacio del Nuevo Mundo.

Alonso de Ercilla y Zúñiga nos da en *La Araucana* el poema épico de la lucha de dos mundos en las selvas del sur. El soldado poeta se deja ganar por la dimensión del paisaje geográfico y del paisaje humano del Nuevo Mundo. Y en esa vía lo sigue el criollo Pedro de Oña.

Bernardo de Balbuena y Juan de Castellanos —el primero con su *Grandeza Mejicana*, y el segundo con sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias*—, aportan, desde la poesía, las impresiones del encuenfro y choque de estas dos culturas. Y será el hijo del capitán español Sebastián Garcí-Lasso de la Vega y de la princesa india Isabel Chimpu Ocllo, sobrina del emperador Haina Capac, el inca Garcilaso de la Vega, autor de *Comentarios Reales*, el que desde su mestizaje nos mostrará el resplandor de la síntesis de las dos culturas. Esto también es el camino de la utopía americana.

Tratado de educación llama Anita Arroyo, de la Universidad de Puerto Rico, el *Periquillo Sarmiento*, ese primer intento de un novelista americano: Fernández de Lizardi.

Dos grandes talentos, a los que ha dedicado Pedro Henríquez Ureña espacios ensayísticos¹⁴, Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz, proyectan un espíritu de renovación cultural hispanoamericana desde la Nueva España.

Me he referido a Simón Bolívar como uno de los manaderos ideológicos, constantes, de la utopía americana. Su visión es una previsión. Es capaz de unir el idealismo con el realismo y proponer —desde lo imposible— lo posible ideal y práctico que un día realizaremos.

Hay que aludir a los poetas, que siempre ven más allá desde la realidad inmediata: a un José Joaquín Olmedo, a un José María Heredia y a otros intérpretes de la visión americana.

Andrés Bello es el humanista y, en no pocas vías, antecedente desde el siglo XIX de lo que en el siglo XX harán un Pedro Henríquez Ureña o un Alfonso Reyes, en la relación entre España e Hispanoamérica.

Domingo Faustino Sarmiento, no en vano, polemizó con Andrés Bello, pero aunque sus tesis sobre la proyección de Hispanoamérica chocaron, se complementan y son ambas igualmente necesarias, porque si Bello es la relación de Europa con América, en Sarmiento prima —como en la tesis de Unamuno sobre España, de mucho más tarde—, la proyección eminentemente hispanoamericana, una búsqueda y encuentro de una autenticidad de las raíces americanas por sobre cualquier otra

¹⁴ Sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón*, pronunciará Pedro Henríquez Ureña una conferencia en la Librería General de México el 6 de diciembre de 1913, publicada en *Nosotros*, México, marzo de 1914 y recogida en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928). Su ensayo *Sor Juana Inés de la Cruz*, está en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, año 1, núm. 3, septiembre de 1931.

circunstancia y desde *Facundo* deja planteado el problema de civilización contra barbarie. Pedro Henríquez Ureña es justo en su «Perfil de Sarmiento»¹⁵:

«Poesía, teatro y novela acusan con la mayor claridad las líneas principales de nuestro movimiento romántico; y sin embargo, quien mejor lo encarna no es un poeta, sino un prosista que nunca ensayó el drama ni la novela, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). Sarmiento tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con vivaz percepción de los hechos y rápido fluir del pensamiento. Con todos estos dones, no se resignó a quedarse en mero escritor; sólo pensaba en servir a su patria argentina, a Chile, a toda la América española. Educar fue pasión suya, la más temprana, educarse a sí mismo y educar al pueblo». (...) «Como inició su carrera literaria cuando era nuevo el romanticismo y las opiniones en literatura estaban gobernadas todavía, a sabiendas o no, por las doctrinas clasicistas, se le condenó en nombre del siglo XVIII. Transcurridos cien años, sus escritos nos lo revelan como maestro».

No podemos dejar de citar, en la utopía de América, el aporte de José Hernández en su *Martín Fierro*, que nos representa como las páginas de Sarmiento.

Me he referido antes a los aportes de Juan Montalvo, de Eugenio María de Hostos, de José Martí, de Rubén Darío, de José Enrique Rodó y su *Ariel*, a los que dedica Pedro Henríquez Ureña, en hora temprana, una atención especial¹⁶. La utopía de América se proyecta desde lo mejor del ayer hispanoamericano hacia el mañana.

Consideraciones finales

La utopía de América no está escrita sobre el aire, sino sobre la tierra y la sangre, el espíritu y la vocación ideal de Hispanoamérica. «La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más», escribe Pedro Henríquez Ureña en «La utopía de América»¹⁷, y agrega:

«Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.»

¹⁵ Es parte de una de las conferencias que Pedro Henríquez Ureña ofreció en el Fogg Museum of Art de la Universidad de Harvard, en el curso académico 1940-1941. La conferencia fue en inglés y aparece en *Literary Currents in Hispanic America*, Harvard, Cambridge, Massachusetts, 1945. El propio Pedro Henríquez Ureña la tradujo para *Cuadernos Americanos*, México, IV, núm. 5, septiembre-octubre 1945, págs. 199-206, como parte del homenaje que *Cuadernos Americanos* rindió a Sarmiento en el centenario de *Facundo*.

¹⁶ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA publicó «Ariel» en *Cuba Literaria*, Santiago de Cuba, 12 de enero de 1905, y el trabajo fue recogido en *Ensayos Críticos*, La Habana, Imprenta Esteban Fernández, 1905. Es uno de los primeros ensayos de un Pedro Henríquez Ureña de sólo veintiún años. «La obra de José Enrique Rodó» está en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, 1910, págs. 63-83. Y hay también una «Marginalia: José Enrique Rodó», en *Revista Moderna*, México, diciembre de 1907.

¹⁷ «La utopía de América» apareció en Ediciones Estudiantina, La Plata, Argentina, 1925. Fue una conferencia en la Universidad de La Plata, Argentina, pronunciada en 1922.

Pedro Henríquez Ureña aclara, aún más, la viabilidad de esta utopía americana: «La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor.»

No se trata de una fuga, de una huida de la realidad, sino, al contrario, de centrar esta realidad y hacer posible lo ideal y lo superior, lo perfecto necesario:

«¿Cuál sería, pues, nuestro papel en estas cosas? Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzándonos porque el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, cuyas normas únicas, después del *neminem laedere*, sean la razón y el sentido estético. Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano.»

Pedro Henríquez Ureña concilia nación y universo, el hombre nacional con el hombre universal. Las diferencias del clima, de la lengua, de las tradiciones, «en vez de significar división y discordia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana». Pedro Henríquez Ureña insiste: «Nunca la uniformidad, ideal de imperialísimos estériles; sí la unidad, como armonía de las unánimes voces de los pueblos».

El humanista dominicano espera que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, «por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios», sin que las regiones de nuestra América dejen de conservar y perfeccionar todas sus actividades de carácter original en el orden social y cultural.

En la celebración del centenario del nacimiento de Pedro Henríquez Ureña, se proyecta su fidelidad a la cultura de su país natal; su papel de relacionador de las culturas hispánicas; su necesario proyecto real, deseable, posible, de la utopía de América y la concepción de una Hispanoamérica como «Patria de la justicia». En su prédica llega a decir: «El ideal de la justicia está antes que el ideal de cultura», e insiste que «no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio». El mensaje final de Pedro Henríquez Ureña continúa siendo: «Hay que trabajar».

ALBERTO BAEZA FLORES
Ciudad Bosque Los Arroyos
Calle 10, núm. 212
LAS ZORRERAS
Provincia de Madrid.